Nº 89 - TOMO 65 12 DE JULIO DE 1989



REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

DIARIO DE SESIONES DE LA ASAMBLEA GENERAL

QUINTO PERIODO ORDINARIO DE LA XLII LEGISLATURA

6ª SESION EXTRAORDINARIA

PRESIDE EL DR. JORGE BATLLE
(Presidente)

ACTUAN EN SECRETARIA EL SEÑOR MARIO FARACHIO Y EL DR. HORACIO CATALURDA

SUMARIO

1) TEXTO DE LA CITACION

"Montevideo, 10 de julio de 1989.

La ASAMBLEA GENERAL se reunirá en sesión extraordinaria, a solicitud de varios señores legisladores, el próximo miércoles 12, a la hora 16, para tributar homenaje a la memoria de don Luis Batlle Berres.

LOS SECRETARIOS"

2) ASISTENCIA

ASISTEN: los señores senadores **Gonzalo Aguirre Ramírez, Hugo Batalla, Ercilia Bomio de Brun, Eugenio Capeche, Pedro W. Cersósimo, Carlos W. Cigliuti, Juan Carlos Fá Robaina, Juan Raúl Ferreira, Manuel Flores Silva, Francisco A. Forteza, Guillermo García Costa, Reinaldo Gargano, Luis Alberto Lacalle Herrera, Enrique Martínez Moreno, Walter Olazábal, Carlos Julio Pereyra, A. Francisco Rodríguez Camusso, Luis A. Senatore, Juan A. Sin-**

ger, Francisco Terra Gallinal, Uruguay Tourné, Alfredo Traversoni, Francisco M. Ubillos, Rodolfo Zanoniani, Edison Zunini y los señores representantes: **Julio Aguiar, Numa Aguirre Corte, Nelson R. Alonso, Guillermo Alvarez, Juan Justo Amaro, Abayubá Amén Pisani, Ernesto Amorín Larrañaga, Roberto Asiaín, Héctor Barón, Javier Barrios Anza, Honorio Barrios Tassano, Juan A. Bentancur, Carlos Bertacchi, Edgard Bonilla, Federico Bouza, César Brum, José F. Bruno, Mario Cantón, Cayetano Capeche, Gonzalo Carámbula, Marcos Carámbula, Carlos A. Cassina, Washington Cataldi, Juan Pedro Ciganda, Jorge Conde Montes de Oca, Víctor Cortazzo, Eber da Rosa Viñoles, Julio E. Daverede, José Díaz, Ruben Díaz Burci, Hugo A. Faget, Yamandú Fau, Carlos M. Fresia, Ruben E. Frey Gil, Juan J. Fuentes, Alem García, Francisco Gómez Larriera, Héctor Goñi Castelao, Hugo Granucci, Ramón Guadalupe, Arturo Guerrero, Luis Alberto Heber, Julio C. Hernández, Walter Isi, Luis Ituño, Eduardo Jaurena, Raúl Lago, Daniel Lamas, Ariel Lausarot, Oscar Lenzi, Héctor Lescano, Oscar López Balestra, Néstor López Martínez, Nelson Lorenzo Rovira, Jorge Machiñena, Oscar Magurno, Julio Maimó Quintela, Miguel Manzi, Daniel Marsiglia, Luis José Martínez, Edén Melo Santamarina, Pablo Millor, León Morelli, Horacio Muniz Durand, Carlos E. Negro, Ramón Pereira Pabén, Manuel Pérez Alvarez, Luis F. Pérez García, Oscar Pérez Peloche, Juan Pintos Pereira, Carlos Pita Alvariza, Lucas Pittaluga, Elías Porras, Baltasar Prieto, Alfonso Requiterena Vogt, Edison Rijo, Yamandú Rodríguez, Raúl Rosales Moyano, Walter R. Santoro, Carlos Norberto Soto, Guillermo Stirling. Héctor Martín Sturla, Andrés Toriani, Gerardo Tovagliari , Víctor Vaillant, Tabaré Viera, Leonardo Vinci** y **Antonio M. Zeballos.**

FALTAN: con licencia, los señores senadores **Carminillo Mederos Da Costa, Juan Martín Posadas** y **Américo Ricaldoni** y los señores representantes, **Alberto Brause, Pedro F. Darricarrere, Rubens Francolino, Washington García Rijo, Luis A. Hierro López, Juan A. Oxacelhay, Gilberto Ríos, Hebert Rossi Pasina y Jorge Silveira Zavala**; con aviso, los señores senadores: **Raumar Jude, Dardo Ortiz, Luis Bernardo Pozzolo,** y los señores representantes, **Edmundo Bergara, Ruben Escajal, Carlos Garat, Oscar Gestido, Orosmán Martínez, Ricardo Rocha Imaz, Carlos Rodríguez Labruna y Gustavo Varela.**

3) SOLICITUD DE SESION

SEÑOR PRESIDENTE . - Está abierto el acto.

(Es la hora 16 y 29)

-Dése cuenta de la solicitud formulada por varios señores legisladores para sesionar en el día de hoy.

Léase.

(Se lee:)

"Montevideo, 11 de julio de 1989.

Señor Presidente de la Asamblea General
Dr. Jorge Batlle

Los abajo firmantes solicitamos a Ud. se cite a la Asamblea General para que se reúna en sesión solemne en homenaje a la memoria de don Luis Batlle Berres, el próximo miércoles 12 de julio a las 16 horas.

Saludamos al señor Presidente muy atentamente

Ramón Pereira Pabén, Walter Isi, Mario Daniel Lamas, José Díaz, Uruguay Tourné, Abayubá Amén Pisani, Oscar López Balestra, Alberto Zumarán, Tabaré Viera, Honorio Barrios Tassano, Edison Rijo, Juan A. Bentancur, Washington Cataldi, Eduardo Jaurena, Julio Daverede, Ruben Díaz, Gonzalo Carámbula, Alem García, Julio Maimó Quintela, Edgardo Bonilla, Carlos Garat, Horacio Muniz, Juan A. Singer, Héctor Barón, Eugenio Capeche, Edén Melo, Pedro W. Cersósimo, Walter Olazábal, Héctor Lorenzo Rovira, Alfonso Requiterena, Cayetano Capeche, Arturo Guerrero, Yamandú Fau, Leonardo Vinci, Oscar López Peloche, Ariel Lausarot, Julio Hernández, Manuel Pérez Alvarez, Edgardo Bonilla, Carlos Cassina, Eber Da Rosa. Legisladores."

4) LUIS BATLLE BERRES. (Homenaje a su memoria).

SEÑOR PRESIDENTE. - Habiendo número está abierta la sesión.

Se va a votar si la Asamblea General desea realizar la sesión que ha sido solicitada.

(Se vota:)

-104 en 104. **Afirmativa.** UNANIMIDAD.

La Asamblea General se reúne hoy en sesión extraordinaria a solicitud de varios señores legisladores, a efectos de tributar homenaje a la memoria del señor don Luis Batlle Berres.

Para ocuparse del tema, tiene la palabra el señor legislador Amaro.

SEÑOR AMARO. - Señor Presidente: la Cámara de Representantes y mi Partido Colorado, me han designado para hacer uso de la palabra en este homenaje al cumplirse el próximo 15 de julio veinticinco años del fallecimiento de don Luis Batlle Berres.

Por así haberlo dispuesto el mocionante, se me designó -reitero- para hacer uso de la palabra, privilegio enorme para un batllista de tierra adentro, que se inició en la carrera política junto a esta inmensa figura del Partido Colorado y del Batllismo, que ya es patrimonio del país en su conjunto.

Luis Batlle Berres se constituyó, sin lugar a dudas, a través del medio siglo, en un símbolo de la libertad y de la democracia, volcando sus mejores esfuerzos en procura del progreso y el bienestar de todos los uruguayos, de todos por igual. Luis Batlle Berres fue el gran político, el brillante parlamentario, que desde este recinto esbozó con su pensamiento claro y con su inmensa capacidad de realizador, diversos proyectos, y sus intervenciones -sobre los distintos temas- le hicieron que fuera progresivamente ganando los más amplios espacios políticos, hasta llegar a ser, por derecho propio, Presidente de la República.

Veinticinco años tenía Luis Batlle Berres cuando inició su carrera política -eso sucedió en 1921- ocupando una banca en la Cámara de Representantes en representación del Partido Colorado en 1923, en la que permaneció, tras sucesivas reelecciones, hasta 1933, año en que, por oposición al Gobierno del doctor Gabriel Terra, fue desterrado. Vuelto al país, reanudó su actividad política en 1936. Electo nuevamente diputado en 1942, fue designado Presidente de este Cuerpo legislativo durante ese año, y luego, por sucesivas reelecciones, hasta 1946.

Integró, como Vicepresidente de la República, la fórmula batllista encabezada por el señor don Tomás Berreta, que resultó triunfante en las elecciones de 1946. En su carácter de Vicepresidente de la República presidió el Senado y la Asamblea General, pasando a ocupar la Presidencia de la República al fallecer el señor Tomás Berreta, el 2 de agosto de 1947.

Senador en el siguiente período -1950-1954- encabezó la lista de candidatos para integrar el Consejo Nacional de Gobierno en 1954, organismo éste que, de acuerdo con la Reforma Constitucional de 1952, constituía el Poder Ejecutivo. Presidió este Cuerpo durante el primer año de su mandato.

Electo senador en 1858, ocupó este cargo hasta 1962. En noviembre de 1962 resultó electo Consejero Nacional como representante de la Lista 15 del Partido Colorado Batllismo, que integrara el sector minoritario del Poder Ejecutivo por haber salido triunfante el Partido Nacional. Optó, no obstante, por el cargo de senador, para el que también se había postulado.

Luis Batlle, como parlamentario y como integrante del Poder Ejecutivo, tuvo relevante actuación en la formulación de diversos proyectos que hoy son importantes leyes nacionales. Entre ellas, destacamos la Ley de creación de ANCAP -del 15 de octubre de 1931- habiendo sido miembro de su Comisión Informante y defensor constante durante el curso de su discusión parlamentaria. Auspició la creación de la Fuerza Aérea, retrotrayéndola a sus inicios en Los Cerrillos, creándose la Escuela Nacional de Aeronáutica.

Asimismo, durante su mandato surgió la Ley de Municipalización del Transporte Colectivo de Pasajeros, el convenio de compra de las Compañías de Aguas Corrientes, y las leyes de adquisición de las compañías inglesas de los ferrocarriles. Fomentó también la creación de nuevas industrias privadas y el mejoramiento de las existentes.

Durante su período legislativo 1942-1946, concurrió a Chile encabezando la delegación de parlamentarios que asistió a ese país con motivo de celebrarse una Reunión Continental de Parlamentarios Americanos, pronunciando un brillante discurso en el que expresó el pensamiento uruguayo acerca de la solidaridad americana. En el año 1951 concurrió, como Presidente de la Delegación Uruguaya, a la Asamblea General de las Naciones Unidas, reunida en París

En 1955, en su calidad de Consejero Nacional, visitó los Estados Unidos, especialmente invitado por el Presidente Eisenhower.

Paralelamente a su actividad política, tuvo intensa actuación como periodista, siendo jefe de Redacción y Secretario General del diario "El Día". En 1936 fundó Radio "Ariel", y en 1946 el diario "Acción".

Fue el político que a través de sus campañas electorales llegó a los pueblos, villas y ciudades del territorio nacional, para exponer en sus discursos sus planes de gobierno. Las industrias constituyeron para él una preocupación permanente; quería ver chimeneas echando humo continuamente, porque sabía que allí trabajaban cientos de uruguayos para el progreso del país y para su propio bienestar, a la vez que se colocaban en el Viejo Mundo nuestros productos codiciados por las grandes naciones.

Y un día 15 de julio, precisamente en el correr del año 1964, lo sorprendió la muerte. El corazón le jugó una mala pasada, el mismo corazón que por espacio de sesenta y ocho años había sido generoso con él, pese a esa intensa actividad que siempre, día tras día, le imprimió don Luis con su batallar constante, sin claudicar en cada una de sus agotadoras jornadas, a las que todo político siempre está sometido. Ese día toda la República, y en especial el Partido Colorado Batllismo, lloró la pérdida de un caudillo, un hombre que se entregó con pasión a la política, dedicando gran parte de su vida a servir los altos intereses del país.

Todo el Partido Colorado, toda la nación, sintieron su muerte: se había perdido al conductor de multitudes, al hombre de visión, de talento, de capacidad para épocas difíciles que ya se avizoraban en nuestro país. Luis Batlle no quería que se volvieran a repetir hechos como los de 1933. Deseaba que el Uruguay siguiera transitando y siendo ejemplo en el mundo entre los países de avanzada, amantes de la libertad y la democracia. Lamentablemente, sus vaticinios no fueron errados; por el contrario, se cumplirían nueve años después de su muerte, teniendo el Uruguay que enfrentar algo que él no quería, otra dictadura, que supuso un retroceso en vez de un avance.

Y ese 15 de julio de 1964, día de duelo para la República y el Partido Colorado, en este mismo recinto se escucharon voces de reconocimiento a sus eximios valores ciudadanos, emitidas por sus amigos y también por sus adversarios políticos, cosa que en muy pocas circunstancias ha acontecido.

Aquí, en el Parlamento, el entonces diputado Ricardo Britos Arocena exponía: "El Señor Luis Batlle Berres, de cuya

personalidad como político hemos hecho blanco muchas veces con nuestras fuertes baterías, fue en vida un político pasional; en virtud de ello conquistó adeptos y adversarios en mayor y menor grado, que lo colocaron en una situación pública de destaque. Ello no debe impedirnos, en la hora de su muerte, que reconozcamos que en vida fue lo que muchos quisieran ser y lo que muy pocos pueden llegar a serlo: un líder político" y seguía diciendo Britos Arocena: "Nosotros teníamos una deuda con el señor Luis Batlle, que en este momento tenemos que saldar. Cuando hace más de tres meses se reunía la Cámara de Senadores para rendir homenaje al señor Benito Nardone, el señor Luis Batlle tuvo un gesto, una actitud, que nosotros valoramos y apreciamos en sus verdaderas dimensiones: faltando quórum en aquél alto Cuerpo, se puso en contacto con otro senador y le ofreció el concurso de su persona para tributar los honores al gobernante fallecido".

Por su parte, Santos M. Inzaurralde Rodrigo decía: "Fueron las suyas ideas para golpearse en la fragua de la discusión abierta y encendida. Levantó llamaradas al defenderlas y, aunque muchas veces yacen humeantes, otras, encendidas, quedarán perpetuando su memoria y serán útiles, como piedras sillares, para levantar sobre ellas, compactadas con otras de otros núcleos de opinión, el templo de la vida nacional, para el credo laico de la libertad, la justicia y la democracia".

Otros oradores, concretamente el legislador Rodney Arismendi, señala aquel 15 de julio de 1964: "Se nos obliga a decir un poco en voz alta nuestra palabra de homenaje a un hombre que ha cubierto con su actividad política, probablemente cuatro décadas de la labor y de la militancia uruguaya. Presidente, Consejero, senador, antes diputado, guerrillero de la labor parlamentaria, Luis Batlle era antes que nada —y lo ha sido hasta el día, la hora y el minuto mismo de su fallecimiento— la expresión de esta vida política nacional nuestra, a veces tan áspera, pero sin embargo cargada de valentía y de buenas intenciones y marcada por un rasgo que estamos dispuestos a defender en todas las instancias, nosotros que marchamos hacia el futuro: el respeto por las libertades democráticas; la salvaguardia de lo mejor del pasado laico democrático de nuestro pueblo, que arranca, yo diría, del propio campamento artiguista".

Para el entonces diputado Américo Plá Rodríguez, había muerto "... una de las personalidades de mayor gravitación en la vida pública de nuestro país en los últimos veinticinco años". Y acotaba: "Con él desaparece, a nuestro juicio, uno de los exponentes más vigorosos de la política tradicional, que nosotros hemos combatido, pero que ha tenido y tiene un amplio eco en la opinión popular. Quizá sea el último gran caudillo cuyo magnetismo y atractivo no llegan a interpretar los sociólogos y los psicólogos, pero que sienten las multitudes que siguen sus gestos, festejan sus originalidades, respaldan su lucha, se apoyan en su voluntad de combate y confían en su clarividencia y lucidez para acertar en el intrincado camino de la política. Decía Octavio Amadeo que no siempre se reúnen en una misma persona el estadista y el caudillo y que, justamente, uno de los riesgos de la democracia es que, a veces, suben al poder los caudillos que no son estadistas y a veces, se pierden en el olvido los estadistas que no son caudillos.

Pensamos que, por encima de cualquier discrepancia, en Luis Batlle se reunían en alto nivel ambas condiciones: la del caudillo popular y la del estadista que, a través de una larga experiencia parlamentaria y gubernamental, había sabido elevar la mirada por encima del interés partidario para encarar con visión patriótica los grandes problemas nacionales".

La palabra de la mujer no faltó en la Cámara en aquel día de congoja y de tremenda tristeza, siendo la diputada Elsa Fernández de Borges la que, en su adiós al gran caudillo, se solidarizaba con el íntimo dolor de Doña Matilde, la gran esposa, la gran madre, la gran dueña de casa, la mujer de antiguo valor que acompañó a su esposo en centenares de asambleas, oyendo vibrantes discursos que sacudían multitudes, pero que los oía con su cara fina, de inalterable sonrisa, y con su corazón doliente porque sabía que en cada uno de sus discursos, como en cada minuto de actividad de su compañero, se iban desangrando horas preciosas de su querida vida.

Luis Batlle también valoró a su compañera de todas las horas, Doña Matilde Ibáñez. Se recuerda en Sarandí Grande, departamento de Florida, que siendo Presidente de la República, llegó un día al Centro Auxiliar de Salud Pública de mi departamento; visitó las dependencias del mismo, llegando hasta la Sala de Maternidad, oportunidad en que una joven madre hacía apenas contados minutos que había dado a luz una niña. Batlle, enterado, la felicitó efusivamente y como aquella pequeña aún no tenía nombre, su madre le pidió a don Luis Batlle que le sugiriera uno. Sin vacilar contestó: "Matilde", resumiendo en este nombre la concepción más alta como mujer, esposa y madre que su propia esposa simbolizaba para él. En esta expresión queda todo dicho.

Batlle era así. El 25 de junio de 1952, en uno de sus cientos de discursos pronunciados, refiriéndose a la mujer le respondía a una joven oradora sus emotivas palabras con respecto a su señora esposa, y señalaba: "Todos los hombres estamos conformes con las mujeres que la suerte nos ha dado. Todos los hombres sabemos que, debido a los esfuerzos de ellas, a su ánimo, a su espíritu de sacrificio, nosotros podemos vencer las resistencias permanentes que a lo largo de nuestras vidas los sucesos nos dan. Todos estamos agradecidos a ellas y yo puedo decir que la mía no ha hecho nada más de lo que hacen las compañeras de cada uno de ustedes"

Concepto claro, el de este hombre excepcional, sobre el trabajo de la mujer en la política y en las distintas actividades del quehacer en sus variadas áreas.

Señor Presidente: he tenido el enorme privilegio de leer el libro "Luis Batlle—Pensamiento y Acción", publicación dispuesta por la comisión política de la lista 15 (Partido Colorado Batllismo); en el mismo se publican varios artículos y discursos pronunciados en su larga y proficua carrera política.

Sobre la acción parlamentaria, tan criticada a menudo, Luis Batlle, el 15 de marzo de 1944, cuando asumía por segunda vez la presidencia de esta Cámara, señalaba: "Se ha dicho que la Cámara ha perdido muchas horas en discusiones de orden político. Yo no puedo admitir que se diga que es pérdida de tiempo que el Parlamento dedique horas a la discusión de los asuntos políticos.

Los partidos envían sus delegaciones a los parlamentos para que atiendan los intereses públicos y ello se hace con las leyes que se dictan pero también con la amplia discusión y estudio de todos los problemas que son de interés público; así que a esta prestigiosa tribuna deben llegar todos los reclamos del pueblo, así como las críticas que él hace a las medidas de gobierno que se adoptan y a los hombres mismos que gobiernan.

Las democracias tienen su fuerza en la discusión libre de sus problemas, que se llevan a cabo en la calle y tienen su resonancia en este alto y prestigioso Cuerpo. No hay que temer, entonces, que se distraigan horas en la discusión de los asuntos políticos y menos en estos instantes por los que atraviesa el Mundo, en que se vive una verdadera revolución social y política, apareciendo siempre nuevos problemas y nuevas preocupaciones y lo natural es que todas ellas vengan a tener su resonancia en este Cuerpo, sobre el que está puesta la atención de todo el país, para ver qué es lo que se dice, cómo se dice y qué es lo que se hace".

A casi medio siglo de haber pronunciado estas palabras, estamos de acuerdo con su punto de vista y su manera de pensar en cuanto a la labor y la acción parlamentaria.

Para Luis Batlle, "El hombre de la calle es el que constituye la opinión, es el que representa la gran fuerza de la sociedad", según decía en 1948. En ese mismo año, en ocasión de la inauguración de la Exposición Industrial y Agraria de Paysandú, expresaba: "Lo que hacen aquí hoy no es iniciar la riqueza de nadie. Lo que aquí hacen es riqueza del pueblo, para que éste tenga donde trabajar y poner en actividad todo su esfuerzo, para que este trabajo no sea sólo sufrimiento y sudor, sino felicidad y le provoque el goce de vivir con un trabajo bien remunerado. Al lado de la industria se crea la clase media, viene el trabajo bien remunerado del obrero, viene el capital; toda la organización administrativa, también bien paga, al lado de la industria se realiza y se hace toda una riqueza que se reparte entre los trabajadores".

Para Luis Batlle "un país no era rico si sus hombres de trabajo son pobres". Sostenía: "Los ricos difienden su situación personal con el dinero que poseen; los pobres necesitan de los beneficios de la ley justa. Estamos muy lejos de creer que hemos realizado todo lo que hay que realizar para hacer la felicidad del pueblo, así como no creemos que hemos dado todos los pasos que tenemos que dar para afirmar nuestra economía y garantizar la acción de nuestras industrias". Así pensaba Luis Batlle, así actuaba en épocas difíciles, pero su visión quedaba reflejada en su pensamiento claro mirando en pos del progreso de su Uruguay, para el cual quería días mejores en el devenir de los años futuros.

En 1944, como Presidente de la Cámara de Diputados del Uruguay, en el Congreso de Parlamentarios Americanos realizado en Chile, entre otras cosas sobre la democracia en América señalaba: "Muy difíciles son los días que vivimos; más angustiosos serán los días a llegar y nuestra salvación depende de que hagamos democracia en América y los pueblos vivan en el goce de sus libertades, al amparo de las cuales la paz podrá ser una sólida verdad. Los hombres de esta Asamblea sabemos que interpretamos el sentimiento democrático de América, pero no obstante ello, vemos con dolor que hay pueblos que no están oficialmente representados entre nosotros, a pesar de lo cual levantamos nuestra voz en la seguridad de que defendemos todos los derechos e interpretamos el sentir del continente de ambas Américas, porque deseamos, por igual, la grandeza de todos los países, vigilamos la marcha de todas las naciones y tomamos como nuestros los peligros que pueda correr cualquier país hermano. Sería inmensamente doloroso que le diéramos la espalda a los sufrimientos de nuestros amigos. No seríamos amigos. Nadie tiene despreocupación frente al hermano que sufre y lo natural es interesarse por él, vivir sus emociones, sufrir sus sufrimientos, alternando en sus luchas y gozando sus triunfos y grandezas. Bien sabemos que en muchos países del Continente se están viviendo días difíciles; pero, para todos los hombres de recta intención hay siempre un camino abierto, ha dicho en nuestro país el ciudadano Batlle y Ordóñez, y es el de asegurar la paz y la libertad a los pueblos y fortificar en ellos el sentimiento del deber y prestigiar las instituciones libres, es camino amplísimo que puede llevar al pináculo de la gloria a cualquier ciudadano americano".

Señor Presidente: podría hablar muchas horas de esta figura grande de mi Partido -que el país perdió quizás cuando más lo precisaba- analizando sus innumerables discursos, pronunciados a lo largo de toda la República pues de ellos, salta a la vista la imagen del estadista y del hombre preocupado por los problemas de la Nación en toda su carrera política.

Quienes nos iniciamos junto a él en las duras luchas políticas y quienes personalmente también hemos sido por él ungidos en las luchas electorales no podíamos silenciar nuestra voz en este Parlamento donde su figura se agigantó con sus condiciones natas de brillante parlamentario y gobernante. Fue un hombre que entregó su vida en aras del progreso y del bienestar de todos los uruguayos, sin distingos políticos.

Luis Batlle nos dejó físicamente para siempre el 15 de julio de 1964. Hoy lo evoco con respeto, admiración y reconocimiento porque me inicié de su mano, aprendiendo facetas de su pensamiento y acción y admirando su manera de ser, nata en aquellos que nacen para ser caudillos y servir los altos intereses de la República, como lo hizo este conductor de multitudes.

En doña Matilde y su hijos, rindo homenaje al político, al estadista, al periodista y al gran caudillo que a través de una familia ejemplar sigue dando al país ciudadanos con vocación, capacidad e inteligencia, entregados al servicio de la República.

(Aplausos en la Sala y en la Barra).

SEÑOR PRESIDENTE. - Tiene la palabra el señor diputado Jaurena.

SEÑOR JAURENA. - Señor Presidente: tarea muy difícil, acaso imposible, la de sintetizar en los discursos que aquí podamos pronunciar la personalidad del hombre cuya memoria nos congrega en la tarde de hoy.

Hablando en nombre del Frente Amplio, he elegido un tramo de su vida de luchador que muestra, acaso de un modo más palmario que ningún otro, el temple de aquél hombre, su coraje, su garra de combatiente.

El 28 de noviembre de 1955, en un acto político de su partido, Luis Batlle anuncia a sus correligionarios que pocos días después partirá hacia los Estados Unidos de Norte América invitado por el gobierno de ese país, en su condición de Presidente del Consejo Nacional de Gobierno del Uruguay. Y dice: "Hay gente que cree que voy a pedir un préstamo. Pues no..." -glorioso tiempo, digo yo- ..."yo no voy tampoco a vender la lana de nuestras ovejas; quiero vender el trabajo de nuestros obreros". ¡Hermosa tarea!

En Washington visita su Universidad y le cuenta a los estudiantes -yo diría que con emoción y con orgullo, porque Luis Batlle era orgullosamente uruguayo- que el régimen universitario de Norte América es fundamentalmente distinto al de nuestra Universidad. Agrega: "Basta que les diga que en mi país la Universidad es un Instituto oficial, pero actúa con entera autonomía respecto de los demás organismos del Estado. El Estado no tiene injerencia alguna ni en la designación de profesores ni en la reglamentación de los programas de estudio".

Continuaba diciendo: "Quizás les sorprenda a ustedes saber que en mi país un ciudadano puede haber ingresado a la escuela a los seis años de edad y salir, ya hombre, de una Facultad con un título de habilitación profesional, sin que el Estado le haya exigido la menor contribución económica y, por el contrario, haya procurado proporcionarle todos los elementos que sus finanzas pueden permitírselo".

¡Sí, Señor Presidente: Luis Batlle, aquel 7 de diciembre de 1955 tuvo que haber dicho esto a los estudiantes de la Universidad George Washington con una inmensa emoción, con un gran orgullo nacional!

Luis Batlle habla también en la OEA, con sede en la capital de los Estados Unidos y lo hace con un lenguaje que seguramente no era habitual en ese ámbito. Y dice: "Los países de Sud y Centro América no nos hemos podido industrializar en la medida de nuestro potencial, y nuestra riqueza de exportación son sólo las materias primas. Carne, lana, frutas, madera y productos minerales, tal cual nos lo ofrece la naturaleza, es lo único que estamos vendiendo y desgraciadamente no podemos vender el trabajo industrializado de nuestros obreros con lo cual estaríamos haciendo su riqueza y asegurando su porvenir. El único medio que tenemos para hacernos de divisas en los mercados compradores, es vender a ellos nuestras materias primas..."

No eran éstas palabras dichas al pasar en el transcurso de un arrebato oratorio. ¡No! Era una convicción profunda que brotaba de lo más hondo de él mismo, como si estuviera diluida en su propia sangre.

El 7 de diciembre de aquél 1955 Luis Batlle, mostrando ante el poderoso su fibra, su garra para defender a su pequeño gran país -el nuestro- dice en la Asociación Nacional de la Prensa en Washington: "Sobre mi país quiero decirles que nosotros hemos dejado de ser únicamente un pueblo pastoril para tener una pequeña riqueza industrial que se desenvuelve en pleno progreso. (...) Transformamos nuestra materia prima y ya no queremos ser sólo vendedores de lana sucia. (...) Luchamos por imponer formas de lana trabajada, sean tops, hilados o tejidos, con lo cual pretendemos ofrecer también el trabajo de nuestros obreros y fortalecer nuestra riqueza nacional".

Y les dice, además: "Grandioso es el espectáculo que ustedes presentan como país inmensamente rico, con un potencial industrial como nunca jamás antes lo había visto el mundo: pero esta fuerza de trabajo ustedes la defienden con medidas proteccionistas que llegan a extremos no igualados. Nosotros -continúa- "en nuestro puerto de Montevideo, tenemos un pequeño dique para reparaciones de barcos que puede levantar naves de 17.000 toneladas y hemos formado así una pequeña industria naviera, prestigiosa por los trabajos que realiza. A ese dique entran barcos de todas las nacionalidades, menos norteamericanos porque ustedes tienen una ley de 1944, violentamente proteccionista que impone una multa a toda embarcación nacional que hace reparaciones fuera de los astilleros norteamericanos. (...) No comprendemos que nos quieran comprar sólo nuestras materias primas para vendernos máquinas, cuando nosotros ya podemos ofrecer algunos productos industrializados que son la expresión del trabajo de nuestro pueblo".

Luis Batlle, en aquel histórico viaje por los Estados Unidos de Norteamérica, en aquel pasaje rutilante de su vida, se enfrenta a los grandes negociantes de Boston y les dice que si continúan pretendiendo comprar lana a precios bajos causarán la ruina a los países productores de lana, y critica severamente la tristemente famosa Ley Nº 480, de excedentes agrícolas. "En este momento" -dice- "Estados Unidos puede llevarnos a la quiebra porque está vendiendo el trigo en moneda blanda y a pagar en treinta o cuarenta años de plazo. Nosotros somos productores de trigo, de 800.000 toneladas de trigo; consumimos en el país 400.000 y vendemos las otras 400.000. Tenemos algunos viejos compradores, entre ellos Brasil. En este instante le hemos dado a Brasil un crédito de treinta millones de dólares, que para ustedes puede ser una cantidad muy pequeña, pero para nosotros es una cantidad muy grande. Un día Estados Unidos, apareció vendiendo 500.000 toneladas en cruceiros y a pagar en 40 años. Si esto se repite, en el próximo viaje que haga "-dice-" tendré que venir en zapatillas. Hablaba claro sin ninguna duda. Ante el asombro de sus auditores, en aquella atmósfera todavía envenenada por la guerra fría y agravada por las sobrevivencias del macarthismo en los Estados Unidos, Luis Batlle comete dos pecados mortales para el criterio de los centros de poder imperial: reclama que China Popular ingrese a las Naciones Unidas y declara que Uruguay debe vender a quien le compre. ¿Y qué vendería Uruguay a China?, le preguntan. Y Luis Batlle contesta: "Todo, menos el alma"

Y empezaron a venir después los ataques de las publicaciones estadounidenses: "gobierno irrealista", "estado paternalis-

ta". Apareció aquello de "comunismo chapa 15", que más bien olía a producto de importación, a central de inteligencia.

Nuestra economía empezó a mostrar índices inquietantes. Sus asesores le dicen a Luis Batlle que no convenía continuar con la política de subsidio a los artículos de primera necesidad. El se niega. ¿De qué vale un estado rico a costa de un pueblo pobre y hambriento?

Y llega la derrota. A veinticinco años, juzgado ya en perspectiva histórica, quienes no fuimos sus correligionarios podemos decir sin violencia que en aquella derrota Luis Batlle dejó de ser hombre de un partido para ser hombre de la nación.

Así llegó aquel 15 de julio de 1964, en que se proyectaba sin duda alguna como el futuro gobernante del país. Su muerte inesperada conmovió a la República entera, porque ocurría en la hora en que su presencia era más necesaria que nunca ya que el Uruguay se acercaba a la etapa más difícil de su historia. Un hombre, desde luego, no hace la historia pero puede gravitar sobre ella.

Trascendida la infausta noticia, Frugoni me invitó para que lo acompañara al velatorio del líder desaparecido. Aquello me sorprendió, primero porque Frugoni, con ya casi ochenta y cinco años, evitaba ese tipo de homenajes; pero me sorprendió sobre todo porque si entre Luis Batlle y Frugoni, como entre tantos uruguayos exiliados en la Argentina a raíz del golpe de estado de 1933, hubo una inmensa relación, después y durante casi treinta años prácticamente no se habían visto. Frugoni no era hombre de visitar la Casa de Gobierno y Luis Batlle, que en horas difíciles durante sus gobiernos había recurrido a varios adversarios, no había considerado del caso cruzar la calle para intercambiar con Frugoni siquiera alguna reflexión.

Y con Frugoni fuimos a la residencia del Camino de las Tropas, en la noche del aquél 15 de julio de 1964. Una abigarrada multitud llenaba sus ambientes y se extendía por sus alrededores. Parecía imposible avanzar. Pero apenas advertida la presencia del viejo luchador, aquella multitud le abrió una especie de avenida para que pudiera llegar hasta el ataúd y una vez allí Frugoni, flanqueado por el actual senador Jorge Batlle y por el entonces consejero Amílcar Vasconcellos, empezó a oír un reclamo con voz asordinada: "¡Que hable!, ¡Que hable!". Aquella multitud agobiada quería que su dolor sangrara a través de la palabra del eximio orador. Frugoni se limitó a hacer un leve ademán pidiendo silencio, que el del silencio era el homenaje que aquélla noche había ido a tributar a Luis Batlle.

Al retorno a su casa escribió unas líneas elogiosas sobre la figura de Luis Batlle, que envió al diario "Acción" y éste publicó en forma muy destacada.

He terminado. Muchas gracias.

SEÑOR PRESIDENTE. - Para ocuparse del mismo tema, tiene la palabra el señor legislador Pérez García.

SEÑOR PEREZ GARCIA. - Señor Presidente: la bancada de representantes de la Unión Cívica adhiere fervorosamente a este homenaje que le tributa la Asamblea General al prestigioso ciudadano don Luis Batlle Berres, al cumplirse los veinticinco años de su desaparición física.

El hecho de que nos separen profundas diferencias con el Partido Colorado, en que el destacado hombre público militara, no obsta para que reconozcamos sus altos méritos, sus talentos y las virtudes que le adornaran en la trayectoria de su vida.

Don Luis Batlle Berres era descendiente directo de una ilustre familia de estadistas; fue el tercero de ese mismo apellido en ocupar la primera magistratura en nuestro país.

Era nieto del General Lorenzo Batlle y sobrino de don José Batlle y Ordóñez, el fundador del batllismo.

Si inició en la vida política desde muy joven; a los veinticinco años, en 1921 -como bien lo expresó el señor diputado Amaro- ocupó una banca en la Cámara de Diputados. A partir de ese momento, nunca abandonó el fragor de la lucha política, enmarcando su accionar en las líneas del Partido Colorado Batllista.

En 1933 abandona el país al producirse el golpe de estado, exiliándose voluntariamente en el Brasil. Regresa al país en 1936 y continúa su lucha política, fundando casi enseguida la radio "Ariel".

En 1942, al realizarse elecciones libres bajo el gobierno del General Baldomir, empieza para don Luis Batlle lo que sería la etapa más ardua de su carrera política. Fue nuevamente electo Representante Nacional por el batllismo, pasando a presidir la Cámara de Diputados. En 1946 integra la fórmula batllista como Vicepresidente, la que fue consagrada por la ciudadanía, siendo electo junto a la recordada figura de don Tomás Berreta.

En 1947 fallece el Presidente Berreta, asumiendo la primera magistratura don Luis Batlle. En ejercicio de la Presidencia, trató de dar a su gestión un sentido eminentemente popular; imprimió a su gobierno una política de socialismo estatal, fomentó la creación de nuevas industrias y contribuyó al mejoramiento de las existentes. Se preocupó por consolidar los organismos de servicio social y por la nacionalización de los servicios públicos que estaban en manos de compañías extranjeras. En el plano internacional, su gestión de gobierno se mantuvo siempre fiel a las tradiciones uruguayas de amplia y constructiva solidaridad. Esa firme posición fue la que sustentó en la Asamblea General de las Naciones Unidas celebrada en París a fines de 1951, a la que concurrió presidiendo la delegación de nuestro país. La misma tesis sostuvo años después ante la Organización de los Estados Americanos, cuando defendió la posición de los países subdesarrollados.

A pesar de los sucesivos tropiezos en sus dos últimos períodos de gobierno, el espíritu fogueado y templado de don Luis Batlle nunca fue quebrantado.

En momentos difíciles para el país -el año 1950- cuando se aproximaban las elecciones nacionales, trató de rodearse de los hombres que le ofrecieran máxima garantía, en su elenco ministerial. Fue así que le ofreció a un destacado hombre de nuestro Partido, el doctor Dardo Regules, la Cartera del Interior; éste la aceptó y cumplió con la expectativa creada alrededor de su persona, ejerciendo su delicada función con la ponderación, seriedad y ecuanimidad que era dable esperar de tan alta personalidad. Entonces, se realizaron los comicios nacionales con todas las garantías de la ley y el orden.

Nuestro Partido, la Unión Cívica, no puede olvidar ese gesto y ese reconocimiento a esa figura consular de sus filas.

Al producirse el fallecimiento de don Luis Batlle, el 15 de julio de 1964, nuestro legislador el profesor Venancio Flores, pronunció un conceptuoso discurso en el que destacó las aristas más salientes de su personalidad a través de su larga carrera política, señalando "fue quizá quien supo decir mejor en alta voz fuera de fronteras, lo que había necesidad de decir; cuando fuerzas extrañas intentaban lesionar el prestigio de la República en el área económica y en la política interna de nuestro país".

Finalmente, queremos destacar la circunstancia feliz de que esta Asamblea General esté siendo presidida por el hijo de don Luis Batlle Berres, el señor senador Jorge Batlle Ibáñez. También señalamos la presencia en el palco de honor de esta Sala de la distinguida señora Matilde Ibánez Tálice de Batlle Berres, prototipo de la mujer uruguaya y compañera inseparable de nuestro homenajeado, que compartiera con él su vida y su lucha.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE. - Tiene la palabra el señor legislador Carlos Julio Pereyra.

SEÑOR PEREYRA. - Señor Presidente: en circunstancias como la presente, cuando el más alto Cuerpo del Parlamento Nacional se reúne para rendir homenaje a una figura de relevancia en la vida de la República como fue la de don Luis Batlle Berres, se requiere que los oradores apelen a sus mejores recursos para procurar ponerse a tono con la ocasión y con la personalidad que se quiere evocar.

Temo que mis palabras vayan a deslucir la jerarquía de este acto por cuanto entré a esta Sala sin tener conocimiento de que debía hacer uso de la palabra en representación de todos los legisladores del Partido Nacional. No puede estar ausente la voz de nuestra colectividad cuando se trata de homenajear a quien fuera, indudablemente, un duro y gran adversario de ella, pero también un ciudadano de singular relevancia en la vida del país. Fue un hombre que en horas difíciles jugó todo lo que tenía al alcance de su vida y de su Partido en defensa de las instituciones democráticas.

Fue un ciudadano que honró la vida pública de este país, que ocupó las más altas dignidades, las que se reservan para los más ilustres ciudadanos, que conoció las horas alegres del triunfo y sobrellevó con altura las horas amargas de la derrota y del ostracismo.

Podría expresar simplemente la adhesión de mi Partido al homenaje que está tributando el Parlamento nacional a la figura de don Luis Batlle Berres, pero, naturalmente, no puedo dejar de evocar mis recuerdos personales sobre la vida y la acción de este hombre.

Lo conocí primero, sin verlo físicamente, a través de amigos, blancos y colorados; amigos blancos con quienes él había compartido las bancas del Parlamento, y amigos colorados entre los que recuerdo a un vecino mío de la ciudad de Rocha, que después presidiera la Cámara de Representantes y que fuera, a mi juicio, un maestro de la dignidad cívica: don Juan Rodríguez Correa, quien siendo Ministro y ante el primer error que en esta Cámara le señalara un interpelante -esto fue evocado con justicia por un legislador en este período de Gobierno, en momentos de realizarse una interpelación- se adelantó a presentar su renuncia como reconocimiento del respeto que el Parlamento nacional merece a los demócratas que integran el Poder Ejecutivo.

Conocí personalmente a don Luis Batlle Berres cuando yo era un adolescente, en sus sencillas vacaciones en el balneario La Paloma, en Rocha, confundido entre los veraneantes, con los muchachos, en una convivencia que no tenía nada de demagogia pero sí la natural expresión del republicano, del demócrata que buscaba el contacto directo con su pueblo. Alguna vez que he visto a gobernantes de la época en la que me ha tocado actuar en la vida política de la República, rodeados de guardaespaldas y de hombres que los custodiaban, he recordado a Luis Batlle paseando por las calles de La Paloma, a Luis Batlle, Presidente de la República, entreverado con multitudes populares de todos los partidos en actos celebratorios de gestas patrióticas y de distinta índole o simplemente entrando a un café con sus amigos, sin ningún tipo de custodia, porque su jerarquía personal y su dignidad cívica inspiraban un gran respeto.

No quiero revivir discusiones sobre episodios que la historia juzgará, pero no puedo olvidar anécdotas que me han contado viejos blancos acerca de sus encuentros con don Luis Batlle Berres en la década del treinta, cuando Basilio Muñoz, en las proximidades de Rivera, se entrevistaba con él y con otras prominentes figuras del Partido Colorado y del Partido Nacional, en una actitud de rebeldía frente a una situación que consideraba injusta para la República.

Señor Presidente: todos sabemos que es duro el oficio del político y por ello es que nos apasiona. A veces los enfrentamientos entre los hombres de los distintos partidos hacen aflorar pasiones y encendidas discusiones, pero ¡qué deshumanizada, qué fría y qué injusta sería esta actividad si no nos permitiera de vez en cuando hacer un alto en el camino para mirar hacia atrás y recordar las grandes figuras de todos los partidos que han gestado la grandeza de la República en sus instituciones más queridas!

Por todo ello es que desde las tiendas del Partido Nacional adherimos al homenaje a este adversario, a este duro adversa-

rio de nuestro Partido, pero también a este ciudadano que, con humildad republicana y democrática y con jerarquía de estadista, enfrentó el gran compromiso de dirigir los destinos de la nación en momentos difíciles.

Nada más.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE. - Tiene la palabra el señor legislador Fau.

SEÑOR FAU. - Señor Presidente: el Parlamento de la República hace bien en rendir este homenaje porque está dedicado a uno de los nuestros.

Cuando nos encontramos frente a grandes figuras, solemos caer en la tentación de enfatizar los valores que pudieron manifestar en el ejercicio de las jefaturas de Estado, y nos parece bien que tal hecho ocurra. Pero en esta circunstancia y siendo el Parlamento de la República el que se reúne en forma especial para homenajear a Luis Batlle, nos parece que es una obligación recordar que fue uno de los nuestros y uno de los grandes que pasaron por esta Casa.

Ubiquémonos, aunque sea con algún pantallazo, en los orígenes políticos de Luis Batlle. El Uruguay agónico de 1920 siente un brutal cimbronazo al final de la década: la gran crisis mundial, por un lado, y la muerte de José Batlle y Ordoñez, por otro.

Luis Batlle supo lo que significaban para la República estos dos hechos y, terminada la Segunda Guerra Mundial, intenta gestar otro país. Lo que no había logrado la crisis que detuvo al país en octubre de 1929, lo que no había podido el "alto" de Viera, lo pudo aquel ataque inesperado en la plena recuperación de Batlle y Ordóñez en el Hospital Italiano cuando, minutos después que Domingo Arena se fuera de su habitación, sufrió la muerte.

Después, Arena escribió en algunas líneas su enorme interrogante sobre qué fuerza lo había hecho apartarse, fuera de su costumbre, de al lado de Batlle, impidiéndole de esa forma ver como caía la montaña. Y ese país que Luis Batlle quería volver a gestar se inspiraba sin duda en muchas cosas, entre ellas, quizá, en la letra de aquel himno que tanto sintió y del que aprendió que aunque se alcance una cumbre, siempre hay otra más allá. Fue así que animado de ese espíritu en el año 1947 arranca una etapa fulgurante. Sin duda, no hizo todo lo que quiso, aunque puso una enorme pasión para hacer todo lo que deseaba. Pero este hombre inmensamente pasional fue grande porque también supo tener el ánimo y el espíritu de la reconciliación. Luchó -¡vaya si sabemos cómo luchó!- pero nunca predicó la confrontación y supo tener gestos de grandeza de un lado y de otro; un hombre que en una circunstancia como en tantas otras dirimió diferencias en el campo del honor y, tiempo después, cuando su país y su partido le exigieron una reconciliación, sustituyó las dos armas del enfrentamiento por dos sillones para conversar. Luis Batlle se reconcilió con el General Ribas porque las circunstancias políticas reclamaban gestos de esa naturaleza. Por otro lado, un día se reconcilió con un compañero de liceo, del que después el tiempo y las circunstancias lo alejan: el doctor Carlos Quijano.

Estos hechos hablan bien de este hombre de pasión y de lucha, pero de nobles sentimientos de reconciliación.

"El tiempo que huye nos cambia", escribió Quijano en el formidable editorial de "Marcha", dos días después de que el Uruguay perdiera a Luis Batlle. ¡Y vaya si el Luis Batlle último es un Batlle que el tiempo cambió! Mantuvo las características de siempre, animado de los mismos principios. Fue un frontal opositor a la dictadura de Terra, como sin duda alguna lo hubiera sido de toda otra dictadura que se hubiera experimentado en el país. Mas no se agotó en el recuerdo de lo que el Partido y él habían protagonizado en la década del treinta y aparece entonces, fulgurante, cuando el destino lo llama a ocupar un cargo de responsabilidad, en momentos en que la muerte arrebata a otro de los grandes ciudadanos de este país, don Tomás Berreta. Y ahí empieza una carrera ascendente, que la historia ya tiene definitivamente registrada.

En 1950 gana su sector político; cuatro años después gana él, Luis Batlle, y cuatro años después pierde, él, Luis Batlle. En 1962 casi alcanza el triunfo y, al igual que otro gran ciudadano uruguayo, Wilson Ferreira Aldunate, siendo el candidato más votado, no llega a ejercer la jefatura del Estado.

¡Cuántas cosas se transformaron en el país desde 1947 hasta julio de 1964 y cuántas frustraciones, sin duda, habrá vivido Luis Batlle!

Las derrotas también hacen sus obras. La suya fue la de 1958. Es la derrota del gallardo; es la derrota del dominado por el ímpetu, pero es también la derrota del animado por la decisión. Y esa obra del tiempo trajo al hombre sereno, obsesionado por lo que vendrá sin dejar de emocionarse por lo que pasó, animado sobre todo por lo que deberá venir. Había vivido como caudillo -¡qué duda cabe de que fue un caudillo!- sin embargo, la muerte lo arrebata como un estadista.

Del impetuoso, mi generación sólo vio las fotos; de su arrogancia republicana llegamos a percibir una apariencia. Pese a esa forma exterior del arrogante era el hombre convencido de las bondades de la paz, pero no de la paz proclamada conceptualmente, sino de la concebida con sustancia, sabiendo que la única paz verdadera, cierta y permanente, es aquella en la que cada vez hay más libertad y más justicia social. Y en esa lucha, Luis Batlle supo de victorias y derrotas pero, como en los versos de su primo Rafael, sabía que en las derrotas también se puede ser vencedor.

¡Y con gallardía enfrenta el pronunciamiento abrumador del soberano en el último domingo de noviembre de 1958!

Yo no sé si en este país ha habido un hombre más calumniado que Luis Batlle. La campaña de 1958 fue tremenda y -seamos honestos- lo fue desde afuera de su partido pero también desde adentro, en aquel Uruguay donde perdíamos los puntos de la referencia democrática para confrontarnos en el plano casi de lo personal. Lo digo hasta por experiencia propia, pues me formé en un hogar batllista, que enfrentó a Luis Batlle. En mi casa se compraba "El Plata" para no comprar

"Acción" y eso pautaba todo un estado de ánimo que el Partido de Luis Batlle vivía. Y desde afuera estaba la campaña del Partido Nacional: Luis Alberto de Herrera liderando la minoría blanca en el Consejo de Gobierno; el diario "El Debate" volcado a una campaña furibunda. Prácticamente todo el país, salvo su sector, estaba en contra de Luis Batlle.

Alguna vez habrá que volver sobre ese período de la historia uruguaya ya que sin duda, en esa confrontación podremos encontrar algunas explicaciones a sucesos que en su momento -a poco de andar la década del setenta- nos parecieron inexplicables.

A pesar de todo no lloró ni se quejó; como buen general político que era, se abocó a recomponer sus fuerzas. El y muchos más sabían que el país lo necesitaba. Pese a todos sus intentos, no pudo. Sin embargo, hoy Luis Batlle está refugiado en lo mejor de la nación, en eso que se conforma con el espíritu colectivo, donde impera la gratitud, el recuerdo, el cariño y el respeto, no de una colectividad, sino de la nación toda, que en su querer vivir colectivamente también incorpora el respeto a los hombres que la enaltecieron.

Este homenaje que la Asamblea General le rinde en el día de hoy demuestra que en la actualidad Luis Batlle está refugiado en lo mejor de la nación uruguaya. Sin duda alguna, desde ese refugio, Luis Batlle siente y percibe que con este acto se está haciendo justicia.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE. - (Dr. Jorge Batlle).- Tiene la palabra el señor legislador Lacalle Herrera.

SEÑOR LACALLE HERRERA. - Señor Presidente: razones más que sesquicentenarias me obligan a no permanecer en silencio en el homenaje que se realiza en el día de hoy y a hablar a título personal recordando, por encima de enfrentamientos que han sido muy largos y muy duros, un par de anécdotas referidas al homenajeado para que el país se reconcilie cada vez más consigo mismo.

En el año 1948, en la casa del doctor Luis Alberto de Herrera, me dijeron un día: "Salude al Presidente de la República". Yo tenía siete años. En aquellos mismos días, el doctor Luis Alberto de Herrera visitó la casa del Camino de las Tropas para conversar, en la coincidencia patriótica, con el Presidente de la República. Años más tarde, cuando el doctor Herrera estaba gravemente enfermo, Luis Batlle Berres mandó su médico personal para que lo atendiera, lo que le valió una dura discusión sobre el tema en la Convención del Partido Colorado.

Se trata, si se quiere de dos anécdotas menores, pero tenía la obligación de relatarlas para extraer de ellas la enseñanza de lo que nuestro país casi siempre fue. Para que toda vez que dentro de nosotros intenten surgir las intolerancias llevadas al extremo, nos neguemos a ellas como lo hemos hecho, de un lado y de otro, durante los últimos años. Esto no implica agregar ni quitar una coma a lo que fue nuestra concepción del país -distinta a la de don Luis Batlle Berres- ni a la oposición de nuestro partido, de nuestro sector, de los míos, a su visión de la República. Tampoco implica creer que los enfrentamientos duros solamente partieron de nosotros hacia esas filas porque, como entidad política tenemos el cuero lleno de rasguños y de costurones al haber recibido también duros y tremendo ataques.

Pero en el momento del homenaje no es esto lo que hay que recordar.

(Apoyados)

-Lo que hay que traer a la memoria es la raíz común..

(Apoyados)

... y, al mismo tiempo, la diversidad que hace a un país.

Entre la familia del señor senador Batlle -hoy Presidente de la Asamblea General- y la nuestra hemos tenido unos cuantos años de enfrentamiento; sin embargo, el país es el mismo y la intención también lo es. Creo que nadie ha descrito mejor que Haedo la dicotomía de ese enfrentamiento, en su libro sobre el doctor Herrera cuando -hablando de don José Batlle y Ordoñez y de Luis Alberto de Herrera- decía que una cosa a la vez los unía y los separaba: los Batlle venían de Barcelona y los Herrera de Andalucía. Y entre Cataluña y Andalucía hay la distancia de un matiz dentro de la misma patria hispánica. Por eso en el día de hoy quería decir estas pocas palabras para adherir al homenaje que se tributa a quien, como buen luchador, uno no puede desear que descanse en paz porque no está hecha la paz ni siquiera para la memoria de esos hombres, sino para que su nombre siga siendo bandera.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE. - Tiene la palabra el señor legislador Forteza.

SEÑOR FORTEZA. - Señor Presidente: voy a hablar a título personal, pues ya lo han hecho distinguidos oradores representando a mi Partido. El señor legislador Pereyra decía que en ocasiones como ésta, en que la Asamblea General rinde homenaje a los grandes hombres, a los de este país y a los grandes hombres que han integrado este Cuerpo, los oradores debemos apelar a nuestros mejores recursos. Yo no seré un orador de recursos, pero sí soy un hombre de sentimientos y ellos me impulsan, es más me obligan a decir unas palabras en esta ocasión en que recordamos a Luis Batlle Berres, a ese hombre que fue la guía que tuvimos desde jóvenes y que, para utilizar una expresión del señor legislador Lacalle Herrera, sigue siendo hoy nuestra bandera.

No podía permanecer callado en esta oportunidad por muchas razones, tanto políticas como afectivas. Razones afectivas que se arrastran desde hace más de cuarenta años, no sólo desde la época en que mi padre fuera su amigo personal, su amigo político y su Ministro de Defensa Nacional durante la presidencia de Luis Batlle, sino desde cuando los jóvenes de

aquel entonces -entre los que no puedo olvidar a mi fraterno amigo, el extinto senador Eduardo Paz Aguirre- frecuentábamos la residencia presidencial a la hora del almuerzo. Era una fiesta para todos nosotros -entonces muchachos de dieciocho o veinte años- estar sentados a la misma mesa que el Presidente de la República; nosotros con nuestra pedantería juvenil y él con sus características de siempre y con aquélla su sabiduría política que despertaba en nosotros la veneración natural que siente el joven cuando un Presidente de la República de esa talla posterga por algunas horas la atención de todos los asuntos de gobierno que requieren su estudio y resolución para estar junto a los muchachos que íbamos a su casa acompañando a su hijo, Jorge Batlle.

Tampoco puedo olvidar la experiencia que tuve al ocupar un primer cargo político en 1957, cuando fui honrado con la designación de Subsecretario de Estado en la Cartera de Relaciones Exteriores, precisamente en la época en que Luis Batlle Berres integraba el Consejo Nacional de Gobierno y en la que, dicho sea de paso, también lo hacía el doctor Luis Alberto de Herrera.

Y así como de joven había sido una fiesta estar sentado junto con otros muchachos discutiendo con el entonces Presidente de la República, también lo fue el encontrarme con la figura que hoy homenajeamos en la misma mesa de aquel Consejo Nacional de Gobierno.

A título personal, quería manifestar estos sentimientos -que son sentimientos más que expresiones de oratoria- recordando a Luis Batlle Berres, una de las figuras más preclaras y rectoras de nuestro país y de mi Partido, a quien veinticinco años después de su muerte seguimos venerando con la misma fe que lo hacíamos cuando éramos jóvenes.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE. - Tiene la palabra el señor legislador Batalla.

SEÑOR BATALLA. - Señor Presidente: el señor legislador Fau ya ha expresado el homenaje de nuestro Partido a la figura de Luis Batlle Berres. Por lo tanto, he dudado mucho en hablar en esta Asamblea y pido disculpas al Cuerpo por hacerlo en definitiva.

Quizá mis palabras puedan sentirse como con treinta años de atraso. Es evidente que cuando uno es joven muchas veces no comprende el dolor que las actitudes propias pueden causar a los demás. Tuve y tengo un profundo afecto por la figura de don Luis Batlle Berres, a quien personal y políticamente mucho debo en lo que tiene que ver con mi formación, inclusive, como ser humano.

Por suerte, a lo largo de la vida uno puede ir atesorando recuerdos sin que éstos vayan reemplazando el lugar que deben ocupar las esperanzas que toda persona tiene. Como en esta sesión se han volcado tantos recuerdos, yo también quiero evocar mi encuentro inicial con Luis Batlle Berres, que durante muchos años me hizo estar junto a él y que en el curso del tiempo, aún alejado, nunca dejara de sentir por su figura, por su presencia, por su imagen, por todo él, un inmenso afecto y respeto.

Conocí a Luis Batlle Berres en circunstancias muy especiales. En el año 1949 ó 1950 -no lo recuerdo bien- hubo una huelga muy grande en la industria metalúrgica donde yo trabajaba y era dirigente de un pequeño sindicato de una fábrica ubicada en el confín de Montevideo, cerca de lo que fue -creo que ya lo era en ese entonces- la casa donde vivía la familia Batlle. Durante días ocupamos esa fábrica y el sindicato envió un telegrama al señor Presidente de la República. Por su parte, las mujeres que estaban ocupando el local -entre las que se encontraba mi novia, hoy mi esposa- enviaron un telegrama a doña Matilde. El señor Presidente de la República no contestó; naturalmente, no podía hacerlo, pero su esposa respondió enviando a la fábrica como representante personal, a su hijo, Jorge, quien es hoy Presidente de la Asamblea General. Nos encontramos en el patio de la fábrica ocupada, aislada por la policía, y nos dimos un abrazo. Habíamos ido juntos al Bauzá, ese hermoso liceo que en aquella época era ejemplo de convivencia democrática vareliana; el liceo de extramuros, donde convivían los hijos del viejo patriciado del Prado, los hijos de la clase media de la Aguada, de Capurro y de Bella Vista, y los hijos de los sectores proletarios del Cerro, de La Teja y de Colón. Hablamos con Jorge, quien trajo el mensaje de solidaridad y afecto de su madre, que en ese momento era, yo diría, tan importante como un mensaje político. Nos dijo que iba a hablar con su padre para resolver el problema y así lo hizo, porque de la Presidencia de la República llegó -creo que esa misma tarde- un coche que condujo a los dirigentes del sindicato para hablar con el señor Presidente. Inmediatamente conversamos con él y, por supuesto, resolvimos la situación. Nosotros pedíamos que la desocupación de la fábrica se realizara sin la presencia de la policía rodeando a los trabajadores que salían y el señor Presidente de la República accedió. Desocupamos la fábrica y el problema terminó.

Tengo el recuerdo de Luis Batlle vinculado a otro Uruguay, esa figura de gobernante que pasaba saludando por la calle Conciliación -donde yo vivía y aún vivo- con su chofer o a veces solo, sin guardaespalda, ni sirena, ni motocicletas; un Uruguay en el que el gobernante formaba parte de la vida cotidiana de la nación. Por eso sentí mi obligación traer el recuerdo de esta figura, por la que tuve y tengo un inmenso respeto, porque luego del transcurso de los años -cuando a uno le quedan muchos menos que los que ha vivido- en algún momento uno siente que puede haber lesionado o desengañado, yo diría inconscientemente, creyendo cumplir con lo que entendía una obligación de su conciencia.

Considero que es justo el homenaje que el país entero, a través de todo su espectro político, brinda hoy a Luis Batlle Berres, porque a mi juicio él representa en gran parte el símbolo de un Uruguay que, más allá de los naturales cambios que la vida implica, todos tenemos que esperar vuelva a ser justo, humano y fraterno, en el cual gobernantes y gobernados no estén separados por nada más que lo que sea una función en bien del país.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE. - Para ocuparse del asunto, tiene la palabra el señor senador Singer.

SEÑOR SINGER. - Señor Presidente: anoche los compañeros de la bancada de senadores de todo el Partido Colorado tuvieron la bondad de solicitarme que en nombre de ellos hiciera uso de la palabra en esta sesión de la Asamblea General, evocando, la figura de Luis Batlle al cumplirse el próximo 15 de julio los veinticinco años de su desaparición física.

Nunca podrá ser fácil para quien habla evocar y recordar a Luis Batlle, a pesar del lapso transcurrido, un cuarto de siglo. La distancia agranda en nosotros su figura y la carga de subjetividad, de emoción que su recuerdo nos trae, desde luego que hace muy difícil describir todo aquello que podría ser importante en una sesión como ésta.

De todos modos, sentimos la obligación -y pedimos disculpas por esto a los compañeros de la Asamblea General- de hacer algunas referencias personales y las palabras que vamos a decir tendrán un carácter decididamente militante. No podríamos evocar la figura de Luis Batlle de otra manera, y sentimos también que él no comprendería otra cosa de nuestra parte.

Conocí personalmente a Luis Batlle en el año 1953. A mediados de ese año con algunos compañeros de la antigua, recordada y muy querida Asociación de Estudiantes Batllistas del Liceo Nocturno, fuimos primero al diario "Acción" y desde ahí nos enviaron a la radio "Ariel" a pedirle una audiencia; éramos integrantes de la Comisión de Prensa de esa Asociación de Estudiantes y queríamos plantearle la necesidad del apoyo del diario para nuestros comunicados, para los esfuerzos que veníamos haciendo en el plano gremial estudiantil. Nos recibió al día siguiente de esa solicitud en su despacho de la planta alta de la radio, que en aquel entonces estaba ubicada en 18 de Julio casi Médanos, y mantuvimos una entrevista de más de una hora. Ustedes podrán imaginarse que aquellos adolescentes que éramos, de entre 16 y 19 años, que íbamos a hablar con la principal figura del Partido Colorado, con un ex Presidente de la República, nos sentíamos emocionados y tensos mientras esperábamos. El supo en pocos instantes acortar distancia. Se interesó puntualmente por todo lo que estábamos haciendo, por nuestra preocupación, por nuestros esfuerzos, por nuestra lucha, averiguó cómo era el trabajo, cómo se desarrollaba la actividad en la Asociación de Estudiantes del Liceo Nocturno -que en aquel entonces integraba la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay, antes de que se organizara la Federación de Estudiantes de Secundaria- en definitiva, se interesó por nuestros propósitos. Después nos explicó algunos de los lineamientos de su lucha política y nos planteó -lo tengo bien presente- que viéramos con nitidez el límite entre nuestra actividad partidaria y la actividad gremial estudiantil.

Debo decir que los cuatro muchachos que fuimos no éramos todos de la 15, porque entre aquellos jóvenes no estaba muy decidida la filiación sectorial dentro del Partido Colorado, si bien éramos todos batllistas. Después de la entrevista nos fuimos a un bar de las cercanías, estuvimos más de dos horas comentándola y terminamos siendo todos quincistas y decididos a luchar por Luis Batlle en las elecciones internas de ese año y en las nacionales del año siguiente, 1954.

Esta anécdota la cuento para trazar muy a grandes rasgos un primer perfil de su personalidad. Tenía Luis Batlle claramente la traza de un caudillo. Así lo sentimos nosotros, aquellos muy jóvenes muchachos que fuimos a verlo en aquel entonces ya tan lejano para nosotros, y con los años que siguieron con nuestra actividad en su Partido, en su lista, en su diario, esa personalidad y ese perfil siempre se fueron acentuando.

Tenía una cordialidad innata, una inmensa simpatía personal; tenía gallardía, no arrogancia; tenía una magnífica estampa y un porte muy especial; tenía una capacidad de comunicación inmediata, y sin duda que en la oratoria era un hombre que captaba al público y que sabía emocionar a la multitud. Pero además de esa condición, de eso que con propiedad se denomina el carisma de una persona y que define su perfil caudillesco, antes que eso era un conductor porque era profundamente racional. Era persuasivo en su trato con la gente y confiaba en la capacidad de persuasión que tenía, y en su racionalidad utilizaba argumentos claros, que exponía con singular elocuencia, producto de su talento y de su sólida formación política.

Sin duda que la política constituyó en forma totalizadora el centro mismo de su existencia. Yo diría que todo su ser estaba inmerso en ella, todas sus energías, toda su vitalidad -que era inmensa- la abarcaba, y cada día, cada hora, cada minuto de su existencia estaba consagrado a la actividad política, casi en forma excluyente. Quizás la única excepción era su familia, porque cuando hablaba de ella o de cualquiera de sus integrantes -en los últimos años, hablaba particularmente de sus nietos- dejaba advertir una expresión de infinita ternura en su rostro y en sus gestos.

El país como meta y el Partido como instrumento fueron sin duda la motivación apasionada de toda su existencia, de sus desvelos, de sus alegrías y de sus tribulaciones.

Quiero recalcar algo que todos quienes trabajamos junto a él lo advertimos en toda oportunidad que teníamos para conversar, discutir o examinar cosas de interés público: el país y el Partido Colorado le concernían; eran como algo propio. Y le concernían de tal forma como abarcando con él un conjunto indivisible: país, Partido y Luis Batlle formaban un todo único. Me parece importante resaltar una cosa al respecto: Luis Batlle tuvo siempre claro el viejo dilema entre la eficacia y la rectitud en política; entre el resultado y la ética; entre los fines y los medios. Su sentido ético, producto de una formación que le venía desde su niñez, producto de las carcterísticas más profundas de su personalidad, condicionaron siempre su lucha y sus objetivos políticos. Tuvo presente en todo momento que cualquier designio importante puede convertirse en un ejercicio sórdido de destreza inconsecuente si carece del límite ético.

Deseo ahora trazar muy a grandes rasgos, tres aspectos de lo que fue su gestión de gobernante y de líder político, de la

única manera como lo podemos hacer simplificadamente en esta Asamblea General. El señor legislador Jaurena (a mi juicio en forma brillante), explicó lo que fue uno de los impulsos fundamentales de la acción de gobernante de Luis Batlle: la industrialización del país, concebida como una estrategia al servicio del desarrollo independiente y del bienestar popular. Años después de su partida física, para nosotros apareció claro que él careció de un marco teórico adecuado para impulsar esa industrialización con todo el contenido que quizá ella necesitaba. En aquel entonces, ese instrumental no lo tuvo Luis Batlle a su disposición; tampoco -lo debo remarcar- la intelectualidad uruguaya se lo brindó. Esa es una realidad. El enfrentamiento, por lo tanto, con los intereses agroexportadores de adentro y la industria de afuera fue duro e implacable en la lucha de gobernante de Luis Batlle por la industrialización. De todos modos digo que esa etapa industrializadora de Uruguay, basada fundamentalmente en la sustitución de importaciones como marco teórico, representó un progreso real y funcional para el país en su conjunto, para el bienestar y el nivel de vida de su gente y determinó, además, transformaciones irreversibles en la economía nacional. Se intentó varias veces dar marcha atrás, cometiendo con ello un grave error en lugar de tomar ese importante avance de la República como un nuevo dato de la realidad, a partir del cual había una situación creada para trabajar en nuevas transformaciones en sucesivos perfeccionamientos. Su lucha contra los magnates de la industria lanera europea de aquel entonces y su firme defensa de los intereses nacionales ante los gobernantes y empresarios norteamericanos dentro mismo de los Estados Unidos -como lo recordó el señor legislador Jaurena- cuando viajó a ese país siendo Consejero Nacional de Gobierno; pienso -y estoy pensando en este momento en las generaciones que no conocieron a Luis Batlle, en toda la gente que en este país tiene hoy menos de treinta y cinco o menos de cuarenta años de edad- que fueron hitos imborrables de esa histórica batalla en su afán por el progreso de la República.

Quiero recordar dentro de la acción de gobierno de Luis Batlle un segundo esfuerzo de su política: la transformación de un frigorífico extranjero en una cooperativa obrera, para dar oportunidad de participación, de creatividad, de desarrollo y formación de nuevas capacidades a los trabajadores para innovar y para pluralizar en el ordenamiento económico y social. Esa fue una acción fundamental en la política de Luis Batlle, en la que también tuvo duros enfrentamientos con ambos extremos del espectro político nacional, la incomprensión que determinó batallas singulares en la historia de este país pero que perfilaron aspectos significativos de la orientación de Luis Batlle a las que me voy a referir más adelante.

Pocos meses antes de su fallecimiento, en una reunión de jóvenes de la Lista 15, en un discurso cuya grabación aún existe, dejó un mensaje político de enorme proyección para aquel entonces. Estábamos a mediados de los años 60; la revolución en América Latina como término y como objetivo tenía un enorme poder de convocatoria y contaba con una profunda connotación de cambio y de propósitos de justicia. Luis Batlle, en ese mensaje a los jóvenes, les indicaba que a las revoluciones no hay que apedrearlas sino que es necesario buscar todos los medios para incorporarse a ellas y, participar de ellas para tratar de orientarlas, no para vaciarlas ni para deformarlas, sino para evitar que se encaminen hacia la violencia, hacia el totalitarismo, hacia la pérdida de la libertad y hacia la deshumanización.

¿En qué estaban basados los principios rectores y cuál era la sustancia que orientaba las ideas, la prédica, y la acción política y de gobierno de Luis Batlle? Sin ninguna duda, José Batlle y Ordóñez fue su numen inspirador, su referencia constante. Cada vez que hablábamos con Luis Batlle sobre temas de orientación política, en él aparecía la referencia, con admiración y con honda devoción, hacia José Batlle y Ordóñez. El espiritualismo racionalista y el humanismo de Luis Batlle le venían, evidentemente, de José Batlle y Ordóñez.

Emanaban de los principios inspiradores en que fueron elaborando sus ideas matrices los integrantes de la denominada "generación del Quebracho" -que tuvo como ideólogo principal a Vázquez y Vega- y de la acción y la prédica posteriores de Batlle y Ordóñez como conductor político y como gobernante.

Sin ninguna duda, la libertad constituía para Luis Batlle un principio inalienable, una meta permanente, pero esto -que puede parecer un lugar común en una evocación como la que estamos realizando ahora- tenía en él características muy especiales. En primer lugar, la libertad para Luis Batlle era algo que tenía que darse con la amplitud más extrema, con posibilidades abiertas a todo, como disposición inclusive a tomar lo distinto o contrapuesto no sólo como antítesis, sino para transformarlo y asimilarlo; en segundo término, concebía la libertad como una capacidad individual y colectiva ilimitadamente abierta, permeable, para escuchar a todos, y particularmente postulaba una libertad política basada en la polaridad, es decir, en la interacción fecunda entre los que piensan en forma diferente, en un espacio político donde una parte se atrofia si le falta la otra; es decir, una libertad con clara conciencia de las limitaciones de cada parte, una libertad que únicamente puede no reconocer a quienes pretenden destruirla. Esa era la concepción de libertad que estaba siempre presente en la lucha de Luis Batlle de todos los días y en todos los planos de su actividad política.

Otro de los pilares de su orientación era sin duda la democracia. Pero ésta tampoco era para Luis Batlle un mero concepto abstracto, una simple profesión de fe. Para él, la democracia estaba íntima y estrechamente vinculada al ejercicio de la libertad y a la protección de los derechos individuales, por la plenitud de la vigencia del Estado de derecho; a la posibilidad y a la capacidad de la gente de hacer valer sus opiniones; a la existencia de partidos políticos, dos por lo menos para que la propia etimología de la palabra "partido" -es decir, una parte- no perdiera su verdadero significado. Para Luis Batlle, la democracia también era diálogo y, por tanto, los principios de cada partido no podían ser el contenido de su política sino que simplemente debían constituir su orientación. Luis Batlle tenía muy claro que la pretensión de poseer la verdad única es una concepción totalitaria y antidemocrática, y que con combatientes por la fe era imposible discutir y dialogar.

Los partidos políticos eran, para él los custodios principales de la democracia. Ellos eran los encargados de crear la

conciencia de la libertad y de la democracia, lo que para él -y tenía bien claro este concepto- era la principal garantía de su mantenimiento. De ahí su preocupación -igual a la que tuvo José Batlle y Ordóñez, a lo largo de toda su vida- por la organización del Partido Colorado, por mantenerlo permanentemente en actividad, por hacer que la gente del Partido militara, por crear en el país la atmósfera indispensable para que la gente se vinculara a la actividad partidaria.

La justicia social era parte inherente, consustancial, a lo que podríamos denominar la ideología de Luis Batlle. Pero en esto me parece importante subrayar que, dentro de su concepción filosófica, la justicia social no era una cuestión de funcionalidad económico-social ni parte de un determinismo histórico: era un componente insoslayable de su espiritualismo, de su humanismo, de su formación filosófica. Constituía, en esencia, una cuestión ética y, como tal, como mandato ético, impulsaba con fuerza toda su orientación social.

El señor diputado Fau recordó un editorial memorable de Quijano, que está seguramente entre los antológicos de sus muchos editoriales de "Marcha": aquél en que realizó un homenaje a Luis Batlle pocos días después de su fallecimiento. En el análisis que hizo de su personalidad y de su política, Quijano allí lo describió como sentado a horcajadas entre el pasado y el porvenir. Siento la necesidad de precisar aquí, en el día de hoy, que ésta parece una apreciación limitada de la rica personalidad de Luis Batlle. Es posible que el pasado representara para él cierta atadura: no podía ser indiferente a su estirpe ni a la tradición secular de su partido. Tengo sin embargo la profunda convicción de que nunca dejó de ser sensible a los desafíos del futuro; nunca concibió el pasado convirtiéndolo en algo rígido, inconmovible y, en consecuencia, falso. Y más aún: digo que Luis Batlle encaró el presente, su presente, tanto desde el pasado como desde el futuro, con una visión dinámica, plural y abierta, con disposición permanente para renovar, para transformar, para incorporar hojas y ramas nuevas al viejo tronco y a las antiguas raíces.

Soportó la ingratitud, la incomprensión y -como aquí se ha dicho- la calumnia. Siempre lo hizo con dignidad, con entereza espiritual, con estoicismo y grandeza. En los momentos más duros en que se le atacaba con injusticia despiadada, supo inclusive detener la acción de quienes éramos sus compañeros. Yo lo ví más grande que nunca la noche de la derrota del Partido Colorado bajo su Gobierno, el último domingo de noviembre de 1958.

En medio de la tristeza y del abatimiento que a todos sus compañeros nos embargaba esa noche -y permítaseme decirlo aquí con palabras del Nuevo Testamento, expresadas por San Pablo en su Primera Epístola a los Corintios- Luis Batlle estaba "atribulado pero no angustiado; en apuros pero no desesperado; se sentía perseguido, pero no desamparado; derribado, pero no destruido."

Y al día siguiente, con renovada fe, con entereza, con la disposición de ánimo del luchador infatigable, a todos nos convocó, a todos nos dió ánimo y nuevos bríos y nos desafió a seguir trabajando por el país con el partido de pie.

¿Qué duda cabe de que Luis Batlle ya pertenece al país todo? Ninguna. Pero para nosotros, los que fuimos sus alumnos en tanto él supo ser maestro, para quienes fueron sus compañeros de lucha, para quienes en lo personal fuimos sus compañeros de tareas de todos los días en su querido diario "Acción", el homenaje a su memoria y la evocación de su figura singular y ya patriarcal no puede agotarse en palabras o ceremonias. Para nosotros, que lo sentimos presente como siempre y que a la distancia lo seguimos viendo como la estrella que guía todo barco errante, solamente hay una manera de evocarlo con acierto: cumplir su mandato de mantener desplegadas las banderas del Partido Colorado, todos los días y a toda hora al servicio de la libertad, al servicio de la democracia y al servicio de la justicia para asegurar la grandeza y la felicidad de la República para todos. Otro homenaje de nuestra parte no le gustaría a Luis Batlle y no lo comprendería.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE. - (Dr. Jorge Batlle). Señores miembros de la Asamblea: antes de poner a votación una moción que ha llegado a la Mesa, permítaseme, en esta situación tan particular en la que me encuentro, por ser integrante de este Cuerpo en momentos que está rindiendo homenaje a quien fuera en vida mi padre, expresar nuestro reconocimiento y agradecimiento público en nombre de mi señora madre, de mis hermanos y de mi familia toda, por las manifestaciones vertidas por los integrantes de la Asamblea General.

Como los señores legisladores deben saber, en la doble condición de integrantes de una familia que él presidiera, y de testigos y copartícipes de toda su vida en las épocas malas del destierro, en las buenas de la victoria y en las circunstancialmente adversas de la derrota, nosotros -los de la casa- siempre lo sentimos como un hombre de su tiempo que vió con claridad el porvenir y que nos enseñó a todos a servir a la Nación, con valor, con devoción y con desinterés, y a ceñir nuestra conducta a valores morales que deben ser siempre los que nos guíen a todos los ciudadanos desde cualquier posición que ocupemos en la vida. Pero, por sobre todas las cosas- tal como lo recordaba el señor legislador Singer-y como seguramente lo podrán decir muchos, con la misma fuerza que yo, de sus propias circunstancias de la vida- fue un gran padre. Y como entiendo que, en su base, las sociedades siguen siendo el producto de lo que son las familias, que es donde se recibe la educación primera, la fundamental, la que perdura, creo imprescindible rescatar hoy ese valor, porque así lo siento y porque fue allí donde aprendimos lo poco que sabemos.

En nombre de todos mis familiares, muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra)

-Léase una moción de orden que ha llegado a la Mesa.

(Se lee:)

"Mocionamos para que la versión taquigráfica de las palabras pronunciadas en Sala sea enviada a los familiares de don Luis Batlle Berres. (Firman los señores legisladores:) **Cataldi, Amaro, Rijo, Daverede, Fau, Guerrero, Batalla, Cigliuti, Jaurena, Ruben Díaz, Fá Robaina, Pereyra, Lacalle Herrera, Amén Pisani, Terra Gallinal, Peréz García y Bentancur.**"

-Se va a votar la moción presentada.

(Se vota:)

-104 en 104: **Afirmativa.**UNANIMIDAD.

5) SE LEVANTA LA SESION

(Es la hora 18 y 41)

DR. JORGE BATLLE
Presidente

Dn. Mario Farachio
Dr. Horacio D. Catalurda
Secretarios

Dr. Roberto J. Zamora
Director del Cuerpo de Taquígrafos
de la Cámara de Representantes

Depósito Legal Nº 205.148/89